

Traía, ó dulce alivio de mi vida,  
 Gordo por estos montes mi ganado  
 Y yo tambien con él rico y contento.  
 Ora labrando para mí un cayado,  
 Y una guirnalda para tí florida,  
 Y en tí ocupado todo el sentimiento.  
 Si algun recelo en el liviano viento  
 A mi puerta llegaba,  
 El desengaño estaba  
 A la puerta tambien del pensamiento.  
 Ahora que te vas y yo me quedo,  
 ¡Ay Dios! ¡ay mal extraño!  
 ¿Que desengaño deshará mi miedo?  
 ¿Adonde volveré los tristes ojos,  
 Que no vean la imágen de la muerte,  
 No hallándote á tí que eres mi vida?  
 Todo mi bien se perderá en perderte,  
 Sola mi fe cual flores entre abrojos  
 Siempre se mostrará fresca y florida,  
 Que estando su raiz al alma asida,  
 Sembrada en la memoria,  
 Cultivada con gloria,  
 Y al claro rayo de tu luz nacida,  
 Ningun contrario tiempo será parte  
 Para dañarla en nada,  
 Que está sembrada al fin en noble parte.  
 Que me olvides, pastora, no lo dudo,  
 Aunque dudo tambien ser olvidado,  
 Y entre estos dos extremos quedo muerto:  
 Tu gran valor me hace confiado,  
 Mi grande amor creer en lo que dudo,

Dime, señora, tú lo que es mas cierto.  
 Mi corazon te muestro descubierta,  
 Planta en él de tu mano  
 Un alegre verano,  
 O un invierno de triste desconcierto,  
 Que para todo me verás dispuesto,  
 Y mas para quererte,  
 Aunque en no verte se aventure el resto.  
 Cual tierno cabritillo, que colgado  
 De alguna rama en ella entretenido,  
 Olvidado quedó de la manada,  
 Caen en la cuenta, y viéndose perdido  
 Por aquí corre y por allí turbado,  
 Llamando á gritos á su madre amada,  
 Y al fin viendo la noche ya cerrada,  
 Y el lobo ante los ojos,  
 Se le da por despojos  
 La soledad y vida rematada:  
 Tal quedo yo, pastora, con perderte,  
 Y tal mi triste vida  
 Veré perdida en no pudiendo verte.  
 Cancion, que has visto el fin de mi contento,  
 Si á mi pastora vieres,  
 Pues ya de mis placeres  
 No hay cosa que no amargue al pensamiento,  
 Dile que no se vaya, ó no me deje,  
 O me vuelva mi gloria,  
 O su memoria de mi alma aleje.

Luego que Florenio acabó su canto, yo  
 salí de entre unas peñas, donde por no impe-

dirle me habia escondido; y el pastor, no menos alegre en verme que yo lo habia estado en oírle, ¡ó mi serrano! dijo, ¿tan cerca estabas de mí? Salvo sea tu rebaño; las selvas guarden tus cabritos: el que tú ahora congojado buscas no está en poder de lobos: aquí te llega, compañero; y si el tiempo no te lo impide, mientras el frío pasa podrás entretenerme conmigo, que tu pintado recental no ha mucho que entre mis ovejas, por saber que era tuyo, le recogí. ¿Si podrá el cielo, dije yo entonces, traerme, Florenio mio, á tiempo que tanto bien te satisfaga? ¿Acaso para mí cosa de mayor gusto podia hallar? Luego al oír tu canto le tuve por feliz agüero, y no me engañaba, cuando de todo mi trabajo no grangeara mas que oírte; y mas cuando en tu canción llegaste á la comparación del cabritillo, donde como adivinando mi venida te ensayaste á darme nuevas de lo que venia buscando, sacando del caso presente agudos motivos para mejor explicar tus sentimientos, aunque al principio en oír tratar de lágrimas me turbé. Alguna desgracia, dije, le ha sucedido, ahora sea que su perro Petulco le haya faltado, ó sus sembrados destruidos sean; hasta que tu mismo cantar me descubrió el secreto de tu pena, obligándome á rogar á las celestiales lumbres que á nuestras vidas presiden, que siempre prosperen en tí semejantes agüeros; y las silvestres deidades, así ninfas del rio, como sáti-

ros de los montes, alivien la pesada carga de males, no dejando en tus hombros mas de aquellos que sin ningún trabajo te fuere lícito llevar. Y tú ahora, Florenio, si á una voluntad como esta te hallas obligado, ruégote me cuentes alguna cosa de tu importancia, si quiera sea de tu encubierta pastora, que yo en fe de tu buen gusto creo que su hermosura y suerte por sí sola merezca ser de tan gran entendimiento celebrada, ó á lo menos me contarás algo de tus ganados, que el cielo así, mirándolos tú, los aumente como hace las flores de los campos. Y si mi rusticidad te impidiere hacer lo que te ruego, canta alguna cosa que corresponda al gran deseo de escucharte, que pues he hallado lo que buscaba á solo oírte estaré atento: ni pienses que el trabajo que por mí tomares quiero sembrarlo en el viento, que yo, aquel mismo que á Tíleno como quizá habrás oído ganó á cantar esta zampoña, te la quiero dar por tuya y colgarla ahora de tu cuello; no de otra manera que si en el templo de nuestro dios Pan por trofeo de mi victoria de su misma estatua la colgara. Demas desto tengo, como sabes, una cuchara hecha de un pedazo de roja tea, tan trasparente y delicada, que si de oro no la quisieres juzgar, vez hay que te parecerá de clarísimo ámbar, y otras que no menos que de algun pedazo de lustrosa y limpia goma, y toda ella de harto mayor curiosidad que cuerpo. Porque sin

ser las figuras mayores que menudos granos de trigo, en aquel cabito que solo sirve para usar della su mismo artífice se quiso retratar sentado al pie de un árbol, y labrando como se puede presumir esta misma cuchara que ahora pienso darte; donde de las ninfas, que en aquellas tierras habia tres, las mas hermosas detras del árbol escondidas atentas estan á su labor; y una dellas sin discrepar punto, como cosa digna de celebrarse, la va trasladando en una sutilísima tela, tal que para mostrar el ingenioso artífice su mucha delicadeza, junto á la misma labor pintó menos sutiles que ella los dorados cabellos de la ninfa. Y no solo esto verás en ella, mas al rededor del pastorcillo andan algunas ovejas paciendo, tan al vivo relevadas, que si es verdad que allí de las yerbas no comen, no es porque su perfeccion lo estorbe, mas por no quitar los ojos del que con tanto artificio las supo entallar; pues donde apenas cabe la vista, halló materia para semejantes maravillas, dejando todo lo demas tan bruñido y limpio como si apurado oro fuera. Al fin, por no agraviar mas su curiosidad con mi mala relacion, digo que te dirá ella á la primera vista mas que yo en muchas palabras podré. Y segun su primor y el de nuestros mundos de ahora, cree pastor que no es obra de otra mano que del famoso París; y si esto es, como sospecho, aquellas ninfas que acechándole están no pueden ser otras que

las tres celebradas diosas que para hacerle juez de su hermosura aguardaron á ver el fin de una obra tan delicada; y la sutil y artificiosa Palas la que le traslada el dibujo, que á otra mano que la suya no se puede atribuir delicadeza igual. Y pues el precio es digno de cualquier generoso pastor, desde ahora es toda tuya, así por albricias de mi amado cabritillo, como porque tú gustes de hacerme mas alegre con tu canto. ¿Por ventura habrá para mí cosa de mayor gusto que oirte, ó me será nuevo saber que cantas? Dias ha que Alemon me ha loado tus versos, y muchos mas que mi opinion te tiene en el número de los aprobados. Esto es lo que yo dije á Florenio; y él, no sin empacho de oirse alabar, templando su rabel, queria dar principio á mi gusto y su nuevo canto, cuando por lo mas alto de la sierra vimos al pastor Liranio que hácia nosotros venia cantando con tal suavidad, que el encogido dia parecia volver á su olvidada hermosura. Y habiendo el cierzo mitigado su aspereza, de nuevo comenzó á brotar por los collados la amortiguada primavera, sembrando flores de sus senos en honra de tan deleitosa armonía. Y así Florenio suspendiendo por entonces su canto, oimos el de Liranio desta manera:

LIRANIO. FLORENIO.

LIRANIO.

Paced, mis ovejuelas almagradas,  
 Despuntando las mas hermosas flores,  
 Y las ramillas menos levantadas.  
 El cielo os libre siempre sus favores,  
 Conque creciendo mi caudal y apero,  
 Llegue á ser mayoral de cien pastores.  
 Muera en vuestra presencia el lobo fiero,  
 Porque retoze el tierno corderillo,  
 Con las pesadas ubres placentero.  
 Yo haciendo resonar mi caramillo  
 Por estos prados cantaré canciones  
 En son que á nadie canse con oïllo:  
 Donde describiré las condiciones  
 Del cultivar el campo de manera  
 Que dé siempre sus frutos á montones:  
 El modo del aprisco y paridera,  
 Del ordeñar la leche sobre el tarro,  
 Y del untar la roña con la miera:  
 Las leyes de la chueca, ruego y marro,  
 Juegos que ejercitamos en las eras  
 Cuando va el sol en su encendido carro:  
 El tiempo del desquilo, las maneras  
 Del apartar la lana y hacer queso,  
 Y de rayar por órden las queseras:  
 Y conocer los perros por el hueso,  
 Armarlos de carlancas aceradas,  
 Demas defensa y guarda que no peso:

El podar de las vides concertadas,  
 Y cómo darán uvas de colores,  
 A veces rojas, negras y moradas:  
 El modo de escoger los segadores,  
 De derribar la mies, y hacer el vino,  
 Tocante á caudalosos labradores:  
 Y sembrar los cohombres y el pepino  
 En nuestros huertos, y al parral labrado  
 Llevar el agua por mejor camino.  
 Que este trabajo espero que premiado  
 Harán, como es razon, mis labradores,  
 Pues trato de labrar lo no labrado;  
 Y es negocio de mas que de pastores,  
 Cosas de suyo angostas y pequeñas  
 Hacer de igual valor con las mayores.  
 Sembrar el trigo entre desnudas peñas,  
 Y seguir los errores que yo sigo,  
 Es escribir dulzuras entre breñas.  
 Por mas que Apolo se me muestre amigo,  
 Sino salgo de mieses y gavillas,  
 Ha de enfadar en su barbecho el trigo.  
 Mas cantaré tras esto maravillas  
 De amor, de sus enredos y marañas,  
 Que de amor tambien tengo mis puntillas.  
 Sé que no es todo ovejas y cabañas  
 Cuanto suena en el campo y en la aldea,  
 Ni todo comer migas y castañas.  
 A cada cual su gusto le recrea;  
 No hay pena de aficion que no entretenga,  
 Ni á pincel de deseo estampa fea:  
 Cada Pelayo muere por su Menga,

Cada cual anda envuelto en su cuidado,  
 Y lo demas siquiera vaya ó venga.  
 Uno lo tiene puesto en el ganado,  
 Otro en su pastorcilla rigurosa,  
 Y otro quizá en estarse descuidado.  
 ¿Quién es el que á la sombra deleitosa  
 Está sentado al pie de aquella encina?  
 ¡O vida dulce de quietud sabrosa!  
 El rabel toma y á cantar se inclina,  
 Ya ata el arquillo y temple el rabelejo,  
 Y las cerdas refriega en la resina:  
 Llegue yo en esta vida á ser muy viejo,  
 Entre cabras, ovejas y pastores,  
 Y mande quien quisiere allá en concejo.  
 Florenio es, el pastor de los mejores  
 En valor y respetos de la sierra,  
 Y no es en el cantar de los peores.  
 Pastor, que hace gozar acá en la tierra  
 La paz que encierra y comunica el cielo,  
 El es del suelo un fenix en ventura.

FLORENIO.

El bien que dura solo es el perfecto.

LIRANIO.

Guarde secreto el cielo que te ha dado  
 Tan rico estado, sin que la fortuna  
 Cosa ninguna alcance de tu suerte,  
 Y allá la muerte en la vejez tardía  
 Un nuevo dia ponga ante tus ojos,  
 Libre de antojos y enlazado en gloria.

FLORENIO.

Dulce es la historia de la vida nuestra;

Aquí se muestra vivo el Siglo de Oro,  
 Rico tesoro á pocos descubiertó.

LIRANIO.

¡O bien por cierto digno de invidiarse,  
 Donde el hallarse libres de ambiciones  
 Los corazones cria sosegados  
 De mil cuidados, que jamás se alcanzan,  
 Y á su son danzan sobre vivas brasas!  
 O tú, que pasas con quietud la vida,  
 Entre escondida y encubierta gloria,  
 Pues la memoria aviva los contentos,  
 Los instrumentos de los dos templémos,  
 Y aquí cantemos lo que aquí gozamos,  
 Y aquí escribámos lo que aquí tenemos.

FLORENIO.

Comienza tú, pastor, con voz del cielo,  
 Que para cosas tales  
 Nunca estimes tomarla de la tierra:  
 Levanta el presto vuelo  
 Con alas celestiales,  
 Que polvo es todo cuanto el suelo encierra;  
 Y como tal no esperes  
 Mas que de polvo todos sus placeres.

LIRANIO.

Alto pues cielo, danos tus favores,  
 Para con nuestro canto  
 Darlo nosotros á tan dulce vida,  
 Mientras que de mil flores  
 Se cuaja el verde manto  
 Desta ribera fértil y florida.  
 Sea tuyo el aliento,

Pues no ha de ser del suelo nuestro acento.

FLORENIO.

¡Que gusto es ver un simple pastorcillo  
En el campo criado,  
Y allí tambien con él sus pensamientos!  
Tocar el caramillo  
Es su mayor cuidado,  
Repastar las ovejas sus contentos:  
Nada le quita el sueño,  
Ni fuera de su gusto tiene dueño.

LIRANIO.

Viene la noche, ordeña su ganado,  
Cena queso y cuajada  
O manteca mas blanca que la nieve:  
Échase sin cuidado  
Sobre la paja usada,  
Cuando mas nieva, mas ventisca y llueve,  
Y en pellejos envuelto,  
Duerme toda la noche á sueño suelto.

FLORENIO.

¿Pues luego á la mañana con el frio,  
Las manos en el seno,  
Con migas el estómago aforrado,  
No lleva su cabrío  
Por el pasto mas bueno,  
Y en su gaban metido y rebujado,  
Súbese á una ladera,  
Y allí el nuevo calor del sol espera?

LIRANIO.

Tal vez se sienta orilla de una fuente,  
O de algun arroyuelo,

Donde corre el cristal envuelto en flores;  
Ve sus cabras enfrente  
Pacer el verde suelo,  
Cantando su descuido, ó sus amores,  
O se queda tendido  
Debajo de algun álamo dormido.

FLORENIO.

Canta entre las encinas mil canciones  
Con voz sonora y clara,  
Donde su corazon claro se lea:  
Publica sus pasiones,  
O labra una cuchara  
De incorruptible enebro ó roja tea,  
Y guárdala escondida  
Para la que es el alma de su vida.

LIRANIO.

Si acaso tiene un blanco cerbatillo  
De negro remendado,  
Enseñado á jugar alegremente,  
Un collar amarillo  
Le pone, salpicado  
De preciosas conchuelas del Oriente,  
Y luego le dedica  
Al bien que á su memoria vuelve rica.

FLORENIO.

Goza los frutos de la primavera,  
Que entre las nuevas flores  
Viene sembrando el mundo de alegría:  
Coge la primer pera,  
Las manzanas de olores,  
Y otros regalós que el verano envía;

Las uvas como grana,  
De adonde el vino y alegría mana.

LIRANIO.

Labra sus viñas, ara sus rastrojos,  
Planta, poda ó injiere,  
Logro seguro al venidero agosto:  
Descuidado de antojos,  
Contento vive y muere,  
Sin ver si el mundo es ancho, ó si es angosto,  
Que á quien mas dél encierra  
Le han de encerrar al fin seis pies de tierra.

FLORENIO.

Pone la vid al álamo arrimada,  
Injiere en el manzano  
Tal vez en ramo inútil el extraño,  
Ve pacer su vacada,  
Y coge con su mano  
De la erizada fruta del castaño;  
Y castra sus colmenas  
De miel sabrosa y de panales llenas.

LIRANIO.

De rojo trigo como granos de oro  
Halla un monton colmado,  
Cuando sale el agosto á ver las eras,  
Riquísimo tesoro  
Con que el campo labrado  
Hace sus esperanzas verdaderas,  
Y en el otoño frio  
Ve en el lagar correr de mosto un rio.

FLORENIO.

El tiempo se nos va de entre las manos,

Y huye de nosotros como el rio,  
Y estámonos cantando amores vanos:  
Basta lo dicho, y del cuidado mio  
La parte que me sobra ocupar quiero  
En repastar un rato mi cabrío.  
Si tú quieres quedarte, compañero,  
Quédate á Dios, que sale ya la estrella,  
Y quizá no me falte algun cordero:  
Que ya, como tú ves, la lumbre bella  
De la celestial lámpara se acaba,  
Y las tinieblas vuelan en pos della.  
El dia á su aposento echó la aldaba;  
La fria noche, de color desnuda,  
Ciega la poca luz que nos quedaba.  
Segunda vez el aire se desnuda,  
Con pardas nubes se revuelve el cielo,  
De que ha de haber borrasca no hayas duda.  
Ya mis cabrillas, con temor del hielo,  
Desean dar la vuelta á su manada,  
Y así nos van desocupando el suelo.

LIRANIO.

Deja, zagal, pacer á tu manada;  
Tengamos los zurroneos proveidos  
Y nieve el cielo, no se te dé nada.  
Aquí, entre estos abrigo escondidos,  
Podremos esta noche acomodarnos,  
Entre blandos pellejos recogidos.  
Haremos gran hogar con que alegrarnos,  
Si tienes pedernal yo tengo yesca;  
¿Donde quieres ahora que nos vamos?  
En mi zurrón habrá manteca fresca,

Queso, pan y castañas, ¿que mas quieres?  
Y en este arroyo el agua que refresca.

FLORENIO.

Hágase amigo como tú quisieres;  
Esten como ahora estan nuestros zurrones,  
Harás de mí lo que de nadie hicieres  
Al mismo corte de tus invenciones.

EGLOGA TERCERA.

**Y**a sobre los cercanos montes que al rústico cantar de los pastores suspensos habían estado, el nocturno carro de la encantada luna con plateadas ruedas iba subiendo, y las fogosas estrellas á porfia por las celestiales ventanas mostrándose hacian con su presencia mas breve el curso del claro dia; y no solo ellas antes de tiempo salieron á gozar el dulce canto de nuestros Apolos, mas la sagrada junta de ninfas y faunos entre los vecinos árboles por escuchar sus canciones dejaron olvidar los comenzados bailes. Y ellos, habiéndoles puesto dichoso fin, por ser el lugar acomodado á pasar lo que de la noche quedaba al abrigo de aquellas piedras, envueltos en sus pellejos, y contemplando el curso de las estrellas, sabrosamente se quedaron dormidos. A mí solo, á quien alguna oculta y poderosa deidad la quietud del corazon ocupaba, no así fácilmente me fue licito gozar el general alivio del silencio, antes mientras él entendia en ablandar los cuidados de los mortales, puesto por testigo al universal reposo, me quedé sin lo poder excusar llorando males á solo mi sentimiento concedidos, hasta que la blanca estrella del